

ISMAEL BLANCO



NO
QUIERO
SER
UNA

LIYO EDITORA

MOMIA

No quiero ser una momia

Blanco, Ismael
No quiero ser una momia
Primera edición
LIYO, Colección Fanzine
Bahía Blanca, 2024

@LIYO, 2024
Bahía Blanca, Argentina

Dirección: Leopoldo Veres
Corrección: Abel Vollertsen
Diseño de tapa y contratapa: Vera Miloideo
Imágenes de tapa y contratapa: tomadas de la muestra “Cursi Ficción” (2019) de Andrés Piña. Performer: Marcelo Estebecorena. Fotos: Gonzalo Resti.

*Este libro se exportó en pdf en una
computadora de escritorio en Bahía
Blanca un 4 de enero de 2024*

Quedan todos los derechos revocados.

www.liyo.wordpress.com

No quiero ser una momia

Ismael Blanco

LIYO editora

Índice:

1. El sonido de un árbol cuando cae.....p. 5
2. Una lona extendida que sostiene agua de lluvia.....p. 7
3. Un balcón del piso 12 que da a la calle.....p. 9
4. Un velador verde que ilumina con luz naranja.....p. 11
5. Un gordo en pija con una máscara negra.....p. 14
6. Un supermercado Carrefour en la zona de Retiro.....p. 18
7. La vista panorámica desde la ventanilla de un avión.....p. 21
8. Las dimensiones de una cama.....p. 25
9. Una antorcha roja sobre el cielo petroquímico.....p. 29

1.

El sonido de un árbol cuando cae

El sonido de un árbol cuando cae no es pesado, trascendental. Lo que queda en la cabeza resonando, sobre el golpe seco, es la fricción de las hojas contra el suelo. Primero abajo darle con un hacha un rato cada uno, hasta que el tronco empiece a ceder. Después tirar una soga sobre alguna de sus ramas principales y colgarse hasta que se escuche el ruido definitivo: un árbol menos. Más tarde u otro día vendrán albañiles a sacarlos de raíz.

Cuando los papás de Charly compraron una casa vieja, abandonada, con un patio grande repleto de una vegetación selvática, nos fue encomendada la tarea de limpiar el terreno. Íbamos temprano y nos quedábamos trabajando hasta la tarde, cuando uno de los dos salía a comprar algo para tomar y entonces venían Mauro y el Pitufo. No había luz. Nos tirábamos en las baldosas viejas todavía sucios de estar sacando árboles y tomábamos vino, fumábamos un porro, pasábamos el tiempo sin demasiada conciencia de lo que estábamos haciendo. Y no me refiero a tirar árboles. Porque yo me daba cuenta, había tenido una especie de crisis con respecto a eso cuando vino Charly a mi casa a decirme que había que vaciar ese patio. ¿Sacar árboles? Algo en mi conciencia blanca sintió un cortocircuito, una milésima de segundo, una chispa. Pero yo sabía: Charly golpeando mi puerta era la clase trabajadora: nos tenía que chupar un huevo la

naturaleza. En el fondo de ese patio iba a construirse un taller de chapa y pintura, y todo ese pedazo de tierra iba a ser cubierto por una vereda de cemento para estacionar los autos que quedasen a la espera del ingreso al taller. No se trataba de eso.

Lo que se nos escapaba, un fluido resinoso, paraguayo, era la visión concreta, histórica, de nosotros en esa casa húmeda. Básicamente, y para decirlo sin tanta vuelta, no teníamos conocimiento pleno de que nos podíamos morir. Mientras tanto, los días uno al lado del otro constituían una especie de monstruo sin una forma definida. Era el olor del Aqua mezclado con el ropi, que a su vez tenía un olor anestésico. También el jote, el vino con gaseosa y pangas, o era correr gente con bates y sentarnos en un pasillo angosto y reírnos del Pitufó hasta que nos tirase un ladrillo haciendo una parábola visible en la luz naranja de las farolas a la noche. Y era pensar que ese ladrillo que venía hasta donde estábamos nosotros era un cartón de vino y también sorprendernos cuando tocara el suelo y en vez de explotar en líquido se deshiciera en pedazos de tosca. Pero también fue un monstruo diurno: aquellos otros árboles, violeta, que formaban una suerte de signo estático en la luz dominical de Florencio Sánchez. Y el monstruo terminó (en realidad esa forma del monstruo) con un par de muertes prematuras. En retrospectiva podría decir, con la imagen de un Charly eternamente joven acostado en la plataforma de hormigón cuando ese patio fue definitivamente ganado por nosotros: así se aprenden estas cosas.

2.

Una lona extendida que sostiene agua de lluvia

Una lona extendida que sostiene agua de lluvia es el techo de un alero, al fondo, en ese mismo pasillo angosto. Sobre la pared hay un escurridor que sirve para corregir la panza de la lona, de manera que el agua desborde hasta el piso, haciendo un ruido que podría despertar, de la siesta, a cualquiera. En realidad no: el abuelo del Pitufu sigue durmiendo como si nada. El encuadre de la cámara se cierra sobre la lona hasta que entra el escurridor a corregir la curva que, todavía no se sabe, está así por el agua de lluvia que ejerce presión y se corre hasta el piso, donde el estampido líquido, por fin, hace su gracia: splash.

Hay unos segundos de más en la filmación: Mauro vuelve a apoyar el escurridor en la pared con una media sonrisa y sobre el final mira a cámara. La secuencia está grabada en cinta, en un cassette TDK, mini DV de 8 mm, adentro de un portacasette con otros que son un compendio de secuencias parecidas.

Cerca de ese pasillo una noche descubrimos que San Tuca es un pibito que toma Frizzé. Porque dábamos vueltas, a veces con una botella de Coca Cola con vino adentro y nos cruzamos un grupo de pibes y pibas que estaban en la calle en una especie de previa a entrar a algún lado. Cuando pasamos uno nos pidió una seca y entonces frenamos, le dimos y nos preguntó si le armábamos “un chifle”. Él tenía todo pero no sabía armarlo o hizo que no sabía, porque al fin de cuentas no se trataba de un pibe

corriente sino de una súbita aparición. Tenía una camisa con pintitas, bolichera. Los otros pibes que revoloteaban como pájaros nuestra conversación también tenían ese mismo uniforme: jean ajustado y camisas con circulitos o estrellitas o anclitas, o cositas indefinidas que conformaban un patrón. Las pibas se quedaron en la oscuridad, pero tenían vestidos que les llegaban hasta las rodillas o incluso más arriba. En el cordón de la vereda había unas botellas de las que uno de los pájaros nos convidó: un gusto caliente, bien dulce, nos perforó la garganta. Así que Mauro le desmorrugó un poco de faso y le armó un porro y cuando se lo dio, San Tuca (que se reveló ahí mismo en ese altar improvisado) en agradecimiento nos regaló ¡el resto de la piedra!, de donde sacamos unos cinco cigarrillos más.

Esa noche, algunas horas después, le quisimos sacar una foto a la sombra de mi mano agarrando la botella de Coca Cola (llevábamos una libreta y una cámara de fotos Kodak). Yo me puse abajo de una farola para que se proyectara la sombra y la luz del flash iluminó el piso donde estaba proyectada. Sí, contra las leyes de toda lógica a una sombra le sacamos una foto con flash. Lo loco es que recién una semana más tarde, cuando revelamos el rollo, nos sorprendimos al encontrar esta foto fría de un pedazo recortado de asfalto apenas adornado con unas gotitas de aceite, que sirvieron para que hubiera alguna tensión posible en el orden del sentido.

3.

Un balcón del piso 12 que da a la calle

Un balcón del piso 12 que da a la calle es una excelente sala de operaciones. Uno puede salir a fumar y ver los edificios y los autos que pasan, y también sentir el aire caliente del verano que sube dejando a su paso como un pequeño glitch: ese ondear transparente del asfalto que abrasa, inclusive, a las personas. Una vez adentro, del otro lado del departamento, uno puede sentir el aire frío que sube por el pulmón de la escalera, con los olores típicos de las capas medias, urbanas, de una ciudad del interior.

Aquella tarde bajamos empedados, disfrazados por dentro y por fuera de idiotas con superpoderes. Yo no había podido conseguir pirotecnia en el barrio Matadero pero el kiosquero de abajo del edificio nos trajo algunos petardos. “¿A quién se los van a tirar?” nos preguntó, y exceptuando uno que lo tiramos en la ventana del otro Mauro el resto se lo tiramos a él desde el balcón.

En un momento, de la plaza (que está ahí abajo a unas pocas cuadras) se escuchó que alguien preguntaba desde un micrófono: “¿dónde están los chicos especiales?”. Se estaba corriendo la Maratón de Reyes y al parecer los habían perdido.

Cuando bajamos por el ascensor había tres viejas alborotadas. Yo llevaba esos lentes ridículos y al verme la portera se sorprendió. “Se viene el frío”, me dijo. “Sí”, le contesté yo (como si eso explicara los lentes que llevaba puestos). En un momento de la tarde salí a comprar un agua mineral y volví al departamento.

“¿Van a tomar la lechona?”, preguntó la portera que me había seguido hasta el palier. “No”, le dije, “es agua”, y le mostré la botella transparente. La portera se rió un poco y dijo “claro, los que toman la leche son los guachos”. Demasiadas ce-hache juntas: no dije nada y desaparecí por el ascensor.

En una de las salidas casi me mato. Íbamos caminando y quise verme en un reflejo para chequear qué tan ridículos eran esos lentes y pisé un ciclista. El tipo que venía enfrente, un buen hijo de vecino, no se hizo ni cargo. Los lentes son dos cuadrados negros como televisores de payaso de circo.

Mucha gente que pasaba por abajo se asustó cuando le explotó un petardo al lado del cuerpo: suenan como un disparo seco. La plaza estaba llena de chicos especiales con números en el pecho, al parecer los habían encontrado. El tránsito estaba cortado y había cuerdas enteras de autos que casi no podían moverse. Un malabarista con pantalones a cuadros rojos que estaba en la esquina del museo empezó a seguirnos pero después desapareció. “No le digan a nadie que yo les vendí estos petardos”, dijo el kiosquero y después le cayeron todos al lado del kiosco. Los traje en el auto una tarde bien temprano a la hora de la siesta, cuando no había un alma caminando por el centro. El primer petardo explotó al lado de la rueda de un auto y dejó en el aire, suspendida, una nube de humo blanco.

En uno de los últimos cruces por la plaza vimos la basura que había quedado después de la carrera y gente volviendo con trofeos en la mano. Viejas con trofeos. Creo que ese año nadie corrió la Maratón de Reyes.

4.

Un velador verde que ilumina con luz naranja

Un velador verde que ilumina con luz naranja una pared también verde se convierte en el punto fijo, en la referencia tangible, de donde uno puede agarrarse cuando intenta ser arrastrado por el flujo del lenguaje.

Dale, gordo, te ponés en ortiba, te quedás callado, me hacés hablar a mí hasta por los codos y sabés que me piso. No seas puto, dale, cuidame un poco. Ya sé, es tu laburo, pero podés dejar ese cuadernito un rato, ¿no? Mentime, haceme sentir que estamos yendo hacia algún lado. Todos los días lo mismo: el pulover verde, el velador verde, la pared verde, ¿es una especie de chiste? Te mimetizás, hijo de puta. Está todo pensado, ¿no? ¿Es para convertirte en una parte del consultorio cuando estoy bien enroscado hablando de mis cosas? ¡Mirá si serás cornudo! Es para dejarme solito con mis propias mierdas. Igual está bien, supongo que significa que algún trabajo estás haciendo. A veces dudo, no te voy a mentir. Del trabajo que estás haciendo, no sé, a veces me pregunto si tiene algún sentido.

Y hace frío, ¿no? Acá adentro, digo, ¿no te cagás de frío todo el día? Me traigo abrigo de mi casa solamente para cuando entro. Posta, me pongo una camperita en la puerta antes de tocarte el timbre. Yo creo que lo hacés todo a propósito porque si no no se explica. Me hacés entrar con la guardia baja, ¡imaginate ponerme una camperita en la puerta del consultorio! Es ridículo. Y vos

bastante hijo de puta, pero está bien, supongo que tiene que ver con tu trabajo.

¿Cómo es tu casa? ¿Con quién vivís? ¿Qué pensás cuando te tirás en el sillón a hacer zapping? Decime que tenés televisor. Ya sé, sí, acá el problema hay que encararlo desde otro lado: qué me pasa a mí con todo eso. Es desgastante, agotador. Quiero que lo sepas, necesito decírtelo: me parece agotador esto que estamos haciendo desde hace tres meses, semana a semana. ¿Qué me pasa a mí? Bueno, eso: me cansa, me tira para abajo, se me activa una bola de nieve de palabras que no sé si sirven para algo. ¿No hay algún tipo de terapia que se base en el silencio? En quedarnos callados un rato, en mirar todo lo verde que tenés en estos pocos metros cuadrados (es algo realmente admirable), en sentir el frío que viene de no sé dónde (porque aire no tenés). ¡De dónde viene este frío! Hermano, dale, ¿cómo hacés para mantener este rincón intocado por las inclemencias exteriores en el centro de una manzana oscura? ¿Atendés a otras personas? Nunca me crucé a nadie en la puerta. ¿Tan prolijo vas a ser con los turnos de los pacientes? Tengo un amigo que escribió un poema que está re bueno. Dice: “por el culo no se resfría nadie, lo jodido es el frío del estómago que se agranda hasta ocupar incluso la cabeza”, algo así. Nada, que acá hace un frío que se siente en los dos lugares, en el culo y en el estómago. A veces pienso que sos un genio. En serio, te lo digo en serio, no te estoy jodiendo, porque si no no se explica.

¿Que qué? Ah sí, la hora. Se nos hizo la hora de nuevo. Es increíble. Bueno, me acompañás, dale. Ya sé: hay que empujar

primero un poco fuerte y después para adentro. Ahí está, ¿viste?
Ya le estoy sacando la ficha. Así que, bueno, nada. Nos estamos
viendo, nos vemos la semana que viene. El miércoles vuelvo,
olvidate, el miércoles estoy acá de nuevo.

5.

Un gordo en pija con una máscara negra

Un gordo en pija con una máscara negra se pasea por la sala de exposiciones mientras otras minas engomadas en un disfraz de ninja lo sobrevuelan como satélites. A todo esto un director de orquesta con un megáfono le da instrucciones al grupo entero: que se acuesten en el piso, que se paren, que se envuelvan en un celofán inmenso y que se vuelvan a desenvolver.

En la entrada agarramos unas latas de cerveza sumergidas en hielo de un barril de Grolsch. A mí no me gusta mucho la cerveza pero apuré la lata para tomar coraje y pasar entre la gente: disfrazados del arte, flacos con colita y remera fucsia, nenas rubias corriendo alrededor de una madre medio jipi, las ninjas plateadas y el gordo en pija. Cuando no supe qué hacer la busqué a Eva: andaba con la lata en la mano a través de esa multitud colorida. Eva es mi guía, mi explicación a lo desconocido, mi subcorriente de significado, mi Virgilio en el descenso a los infiernos. Ella me dice dónde se toma el 152 para ir a La Boca, dónde bajar y las esquinas que hay que doblar para encontrar la sala de arte vanguardista. Eva es el termómetro que me dice si hay garantías: la busco entre la gente y la veo tranquila, nadie me va a hacer nada. Las engomadas no me van a incluir en una de sus piruetas posmo, ¿verdad? Eva tiene cara de que no pasa nada, de que un gordo en pija no es peligro para una nenita rubia. Eva sabe: yo no. Me escudo en su tranquilidad y trato de confundirme con el ambiente.

Todos relajados mientras bailamos sin música ni pasos de baile al compás del sadomasoquismo: la cosa sana. Me apoyo en un mostrador de la escenografía y una ninja se tira arriba, todo a lo largo, haciendo unas contorsiones inofensivas. Miro a Eva: ¿son inofensivas? Ella me sonrío como si yo fuera un nenito en el zoológico frente a la jaula de los leones, un nenito rubio. Apuro la lata de cerveza para bajar el cosquilleo del miedo. Soy de una provincia muy profunda, quiero decir, de un provincianismo muy pronunciado, déjenme solo, no me miren. ¡Nadie te está mirando! Correte que no dejás ver.

Hay una montaña de gente en el centro de la escena: el director de orquesta la supo construir como un arquitecto minimalista. Está lleno de brazos y rodillas puntiagudas pero si ponés los ojos chinos ves una pirámide plateada sobre el fondo blanco de las paredes. La proporción justa de las cosas: qué adecuado todo, la puta madre. Aunque por supuesto que transpiran, las ninjas en esos trajes de goma y el gordo en pija con una máscara de cuero. Cuánto sudor, Dios mío, cuánta energía canalizada en esta salita calurosa. Afuera, a la vuelta, tres guachines toman una caja de vino en el cordón de la vereda, uno en cuero, otro con la remera alternativa de Boca (la blanca de principios de los noventa) y el tercero la verdad que no me acuerdo. Pasamos rápido, ya el miedo se me metió muy adentro, no sé bien dónde empieza y termina cada cosa y los pibes ni deben saber que existe la sala contempo esta, en el corazón mismo de su barrio porteño.

A la vuelta en el colectivo me quedé pensando en lo desgastante que resulta acomodar una jerga que sostenga el mismo gesto de ruptura una y otra vez, una y otra vez. Me di cuenta: vivo de eso, literalmente. Me pagan para que dibuje cuadraturas de un círculo con palabras de otros. Qué divertido cuando era más chico y jugábamos a que éramos artistas pero ahora resulta agotador. Podría decir: yo ya me disfracé de idiota en mi adolescencia tardía y, visto a la distancia, parecería haber sido suficiente. Ok: abro la ventanilla para que entre algo de aire y me asaltan las luces del Metrobus del bajo. Anochece. ¿Dónde vamos? A Recoleta a ver otra muestra de arte. Eva me sonrío desde un asiento más adelante. Ok.

Es una sala muy chica. A la entrada agarramos las cervezas de rigor de adentro de un barril con hielo. En la primera habitación hay unos dibujitos simpáticos un poco surrealistas, como universos chiquitos que contienen otros universos en cada cuadrante. Una especie de narrativa fractal, diría si tuviera que vestirme con la armadura dura de la jerga verga. Estoy cansado, las palabras me rebotan en las paredes de la cabeza. Entonces pasamos a la otra habitación, corremos una cortina azul muy pesada y vemos la escena: un chabón envuelto en un traje de momia que respira en una cadencia lenta, acostado adentro de un cajón de blindex. La verdad: un poco impresionante. Nos acercamos y vemos los detalles, podría decir que escabrosos: la aureola marrón de la baba creciendo imperceptible en la venda blanca. El movimiento del tórax, lentísimo, también casi imperceptible, producto de la respiración. Si tuviera que construir cimientos

sólidos para desplegar la jerga diría algo sobre el Asubhá, la meditación budista sobre el cadáver, esos rituales donde los monjes contemplan un cuerpo en distintos estadios de descomposición durante horas mientras repiten un mantra: “Este es mi destino, el destino de toda la humanidad, no puedo eludirlo”.

Salimos a la vereda a terminar la cerveza. Desde todos los puntos cardinales van cayendo unos tipos flacos con narices grandes y prominentes, geométricas, como picos. Le digo a Eva: van llegando los pájaros de la noche. A través del enorme ventanal se ve el cubo de blindex con el chabón adentro, que está ahí desde hace horas. La miro a Eva: ella sabe. Bajo la vista hasta mis zapatillas y me imagino los pies adentro. ¿Cuándo se volvió todo tan tremendo, en qué momento el gordo en pija que corría como un nene gordo derivó en esta oscuridad? Eva sabe: es mi Virgilio, mi subcorriente, etcétera. Nos vamos caminando a tomar el tren. Es un rato largo hasta la estación Saldías. El movimiento del tren nos adormece un poco. Pienso en mi adolescencia, en las pelucas que usábamos cuando salíamos con Mauro a cruzarnos con San Tuca. Me siento un poco viejo. ¿Qué puedo decir del arte contemporáneo? Mientras el tren se mueve en dirección al límite con la provincia, repito mi propio mantra: “No quiero ser una momia y babear la venda. No quiero ser, una momia, y babear, la venda. No quiero ser, una roña, y mambear la rienda”. Ok.

No quiero ser una momia y tener alrededor los pájaros de la noche que meten la mano en un barril lleno de hielo para garronear una cerveza importada.

6.

Un supermercado Carrefour en la zona de Retiro

Un supermercado Carrefour en la zona de Retiro es un buen lugar para hacer tiempo hasta que Eva salga del trabajo. Puedo pasear por las góndolas y disfrutar el aire acondicionado, esquivar las montañas brillantes de latas con mi changuito en dirección a las heladeras. Estacionar por ahí y pasar el rato sin demasiado apuro, estudiando los cortes de carne, ridículos, desplegados en bandejas de telgopor.

Todo muy tranquilo hasta que en una de mis vueltas doblo y me encuentro con este hombre alto, magnífico, de sobretodo azul y pelo blanco que al girar sobre sí mismo deja al descubierto su perfil inconfundible: el Turco Asís. Un escalofrío me recorre la espalda pero paso de largo como si fuera lo más normal del mundo. Imposible hacer otra cosa que seguirlo y ver cada movimiento suyo por el supermercado. Ahora está mirando unos frascos de dulce de membrillo pero cada tanto mira para atrás y vuelve a su góndola. Doy una vuelta bien rápido para que no se escape: lo tengo de nuevo, en plena zona de desodorantes. Vuelvo a girar y miro de reajo al de seguridad: tengo que ser muy cuidadoso con mis movimientos. Me acerco al Turco y lo sigo dándole unos metros de ventaja. Él examina los congelados y los deja en su lugar ¿A dónde vamos Turco Asís? ¿A dónde apuntan tus bigotes esta tarde? Giramos y nos dirigimos a una montaña de mandarinas. Turco, afuera los edificios plateados proyectan

sombras en la sombra, las luces de las farolas todavía no están prendidas, si todo sigue igual nos vamos a sentir demasiado solos. Hay que hacer las compras y en eso estamos.

Todo muy bien con el jueguito del gato y el ratón hasta que en la sección de limpieza el Turco frena, mete la mano en su canasto, agarra una lata, la deja en la góndola y sigue de largo. O sea, el procedimiento inverso a lo que usualmente acostumbramos: no agarró de la góndola y puso en el canasto sino al revés. Entonces voy directo a la escena y miro: una lata de duraznos, resplandeciente, entre un montón de jabones líquidos. ¿Cómo mierda? Miro la lata, no puede ser. ¿Cómo mierda el Turco Asís va a descartar una lata de duraznos en la sección de limpieza? Tiene que haber un error. Me digo que tiene que haber un error y entonces me doy cuenta: el Turco lo que hizo fue reescribir una obra de Gabriel Orozco, un artista mexicano, que una vez vi que hacía algo parecido. ¡Es eso! Lo que hizo el Turco Asís es una intervención contra el orden obsesivo del supermercado. Su idea fue cortar el flujo alienante del consumo, no es que descartó una lata en cualquier lado. Generó un caos perfecto, un punto de fuga, una posibilidad de extrañamiento, y yo por un momento pensé que había descartado unos duraznos entre el jabón líquido.

Lo de Orozco lo vi una vez en un video de Youtube: acompañaba a una mina a hacer las compras y se aburría tan rápido que sacaba unas papas de la verdulería y las acomodaba, de a una, arriba de los cuadernos del sector de la librería. O ponía unas latas de comida para gatos encima de las sandías y los ojos de

los gatitos impresos en las etiquetas parecía que te espiaban desde arriba de esas moles verdes en las que de pronto se habían convertido las sandías. Generaba como una maqueta medio extraterrestre con esas dos boludeces del supermercado y ahora el Turco lo que hizo fue una especie de remake, no me cabe duda.

Por contemplar su obra casi se me escapa. Tuve que salir corriendo con el chango, tomar la curva un poco abierta y cerrarme contra la columna de las botellas de aceite de girasol. Ahí estaba de nuevo ese monumento al pragmatismo político y literario, con su percha formidable, haciendo la cola en una caja rápida. Me puse en la de al lado y en un rato casi que estuvimos codo a codo. Disimuladamente pude ver lo que llevaba en su canasto: un rollo de cocina, un vino, un pedazo de queso cuartirolo, una lata de peras en almíbar, un sachet de aceitunas negras, dos limones y una tableta de chocolate con maní.

7.

La vista panorámica desde la ventanilla de un avión

La vista panorámica desde la ventanilla de un avión, cuando vuelvo a casa, es una postal inevitable: edificios apagados por una nube de tierra en suspensión producto de la sequía del verano, sumada al humo del polo petroquímico y al de la quema de pastizales. Soy de una provincia muy profunda, quiero decir: etcétera. Después, ya en el barrio, es salir a la puerta y mirar: el campo abierto, el molino de enfrente moviendo sus aspas, los árboles verdes sobre la línea del horizonte y hacia atrás el asfalto que va a la avenida que a su vez va a aquel agrupamiento fuera de foco que son los edificios del centro.

Se trata de llegar y acomodarse de a poco a esta zona de construcciones aisladas y grandes espacios abiertos. Estaba en eso cuando escucho que alguien aplaude las manos en la entrada. Me pongo un short Adidas trucho y salgo a atender: hay dos mujeres de pollera larga del otro lado del portón. Dos mujeres, cada una con su pollera hasta los tobillos, del otro lado de la línea municipal, con dos sonrisas prefabricadas. Me digo a mí mismo “no debería haber demasiado peligro” y voy a abrir.

– ¿Creés en Dios? –me dice la rubia.

Arrancaron fuerte, la puta madre. La pregunta me deja tecleando. Pienso un momento: “Dios”. Trato de imaginar algo concreto en torno a esa idea. Nada.

– No sé –le respondo– la verdad que se me hace algo muy grande.

– ¡Es que es muy grande! –me dice la morocha.

Parece que le di una excelente punta. Me pregunto si la morocha tiene la capacidad de transformar cualquier respuesta en una excelente punta. La miro con un poco de desconfianza, pero es una desconfianza saludable. De hecho trato de pensar cada respuesta seriamente y de entablar una conversación. No sé de dónde vienen ni adónde van pero llegaron a mi puerta para que tengamos esta charla. Pienso que pueden aportarme alguna cosa y que, llegado el caso, yo a ellas también. Entonces la rubia me dice que solo se guían por lo que está escrito en la Biblia, que no les interesa nada de nada lo que pueda haber escrito en otro lado. Cuando estoy a punto de hablarles de “El castillo” de Kafka ella me primerea y saca el celular del bolsillo.

– Mirá –me dice– te voy a leer un pasaje, de Lucas, para que lo pensemos entre los tres.

Me muestra la pantalla y lee:

– “Y, en cuanto a ustedes, cada cabello de su cabeza está contado. Así que no tengan miedo; para Dios ustedes son más valiosos que toda una bandada de gorriones”.

– Los gorriones los trajo Sarmiento –le digo antes de que empiece con cualquier otra cosa.

Ese es mi dato, lo que le puedo agregar a la cita, mi forma de avisarle de lo que estoy hecho. La rubia guarda el celular y hace como si yo no hubiera dicho nada, lo cual, hay que reconocer, es

algo perfectamente lógico. Cierra un poco los ojos, se humedece los labios y me plantea el conflicto a resolver:

– Si Dios conoce todo (¡hasta cuántos pelos tenés en la cabeza!) –me dice con voz de maestra jardinera– ¿por qué deja que pasen cosas malas sobre la tierra?

Es un buen punto. Me quedo un rato callado y le respondo:

– Porque también hay otras fuerzas.

– ¡Pero muy bien! –me dice ella otra vez con un tono de salita azul y yo inflo el pecho.

Creo que podría ser un excelente testigo de Jehová. “Hay otras fuerzas”. “También hay otras fuerzas” es una respuesta para seguir pensando, ¿no? Me gustaría hablarles de la noción de “fatalidad” que tenía Flaubert, pero cierto que no vale otro texto que no sea la Biblia. En ese sentido estoy muy en desventaja.

– La verdad que yo no he leído la Biblia –les confieso– y me gustaría, eh, me gustaría leerla porque debe haber un montón de cosas interesantes, incluso para seguir pensando eso de los pelos pero la verdad que no he tenido tiempo.

– Está muy bien, está muy bien –me responde una de ellas– no te queremos retener más. Pero si te parece un día de estos, a la misma hora más o menos, volvemos a pasar y te contamos una profecía, eso es algo que dice la Biblia que va a pasar en el futuro. ¿Vos creés que Dios puede saber lo que nos va a pasar en el futuro?

Otra vez lo mismo: Dios, el futuro, una profecía. La puta madre:

– Ni idea –le vuelvo a decir–, es como te dije antes, se me hace algo muy grande. Me cuesta figurarme esas cosas en la cabeza.

Al instante me siento diminuto, alguien incapaz de ver más lejos de la línea municipal de su casa. Las saludo y las sigo con la vista hasta que aplauden al lado. Me meto adentro para darles privacidad, para que desplieguen las herramientas que crean más pertinentes con respecto a la predisposición de mi vecino. Voy hasta la pieza y me acuesto en la cama. Agarro el control remoto pero lo vuelvo a poner en la mesita de luz. Me quedo un rato acostado con los ojos mirando el techo. Ojalá cumplan su palabra y vuelvan a contarme esa profecía.

8.

Las dimensiones de una cama

Las dimensiones de una cama pueden equivaler a la extensión de la totalidad del mundo. Cada vez que nos acostamos a mirar televisión, a descansar o a esperar que unas testigos de Jehová vuelvan a contarnos una profecía, no somos del todo conscientes de que podemos elegir no volver a levantarnos. Una cama, aunque muchos no lo podamos ver con claridad, se configura en sí misma, productivamente, como una posibilidad de vida.

Hay un cuento de Carver donde el tipo pierde el trabajo y se muda al sillón y ahí pasa las horas del día y de la noche y de la puta existencia. Lo mismo le pasó al tío de una compañera de trabajo de la novia: un día a los cuarenta años decidió no levantarse y mientras transcurre la acción, es decir, mientras vemos cómo el protagonista se muda definitivamente al sillón del living, sabemos que este segundo personaje, ya con sesenta y tres años, sigue acostado en su cama.

La genealogía de los “encamados” es amplia. Hay un texto de Paul Preciado que la reconstruye con bastante gracia. Virginia Woolf, por ejemplo, que desde la cama veía pasar las nubes por la ventana como si fuera un cine; pero sobre todo, en ese texto: el Marqués de Sade, Hugh Hefner, Osvaldo Lamborghini y el propio padre de Preciado.

Sade es recluido a la fuerza en 1778 y pasa así más de veinte años. En la cama del calabozo escribe su obra más importante y engorda cuarenta kilos, por lo que casi no podía moverse. Desde esa cama carcelaria apoyado sobre su culo gordo ve pasar la caída del régimen monárquico y desplegarse la nueva administración democrática. Hefner, en cambio, se recluye por propia voluntad. En 1959 manda a construir una cama redonda de más de cuatro metros de diámetro que instala en su mansión de Chicago y ahí mismo monta su oficina de trabajo para la revista Playboy. Alimentándose casi exclusivamente de Coca Cola y anfetaminas, uno de los ricos más millonarios del país central del mundo pasa prácticamente la totalidad de sus días en pijama. En 1983 el que se recluye es Lamborghini y atraviesa sus últimos dos años acostado en una cama. Ahí escribe *Tadeys*, *La causa justa*, *El pibe Barulo*, *El Cloaca Iván* y piensa *El teatro proletario de cámara*.

Unos años antes, en 1979, tras el desmoronamiento de su mundo laboral, el que se había recluido era el padre de Preciado. Ese año construyó un nicho adentro de la cama, en palabras de Preciado hijo, “como un topo abre un agujero en la tierra para separarse del suelo”. La esposa, al ver que no se levantaba, primero accedió a llevarle el desayuno y después el almuerzo y la cena, y la cama se fue transformando paulatinamente en un “archivo de la inmundicia”. El hombre comía lo que le llevaban y pedía que no abrieran las ventanas. Preciado hijo, en su tierna infancia, hacía los deberes del colegio en algún rincón de esa cama entre diarios viejos, facturas de gas, cartas sin abrir, platos a medio terminar, frascos de pastillas llenos y vacíos, lapiceras, tenedores y cuchillos

que había entre las sábanas. Y dice que nunca entendió cómo su madre había accedido a dormir en ese caos doméstico que había construido su padre. Algunas noches incluso oía que tenían relaciones ahí mismo. Pero un día de 1981, el 26 de octubre, después de haber festejado su cumpleaños Preciado padre se levantó, se afeitó la barba crecida y siguió su vida como si esa estancia de tres años no hubiera existido. Cuando Preciado hijo volvió del colegio su madre había limpiado todo: “la cama-mundo había desaparecido”, dice él, “y nunca más se volvió a hablar de ella”.

Más acá en el tiempo y en el espacio está Lucía, una chica que una vez conocí. En un momento de su vida sintió que ya no tenía de dónde agarrarse: primero falleció su padre, después se quedó sin trabajo, fue gastando todos sus ahorros hasta que no pudo pagar el alquiler y finalmente volvió a su casa materna donde fue directo a acostarse en la cama donde había crecido. Así, como el resto de los encamados, pasó días y noches sin una perspectiva cierta de que algo por afuera de esa cama la volviera a motivar. La madre salía todas las mañanas a trabajar y cuando volvía, tarde en la noche, Lucía seguía tumbada en su habitación. Vivían junto a las vías en una casa al fondo de un pasillo. Una mañana cuando la madre salió para su trabajo, al abrir la última puerta del pasillo que da a la calle, se encontró con una perra malnutrida, abandonada, con las tetas largas e hinchadas por haber estado amamantando. Ahí quedó la perra y siguió así por algunos días hasta que la madre la dejó entrar a un patio interno, un espacio común compartido por los inquilinos de los departamentos. Y de ahí unos días

después la perra entró en la casa donde estaba Lucía y fue directo a acomodarse al lado de su cama. Lucía no hizo mucho los primeros días pero de vez en cuando empezó a ir hasta la cocina para buscarle algo de comer. Un día tuvo que ponerse ropa para abrirle a un veterinario que vino a revisar a la perra. Otro día se volvió a cambiar el pijama y la sacó a pasear hasta una de las esquinas de su cuadra. Y unos días después dieron una vuelta manzana. De a poco la fue sacando a diario y a veces incluso se quedaban un rato en la plaza que hay a cinco cuadras del otro lado de las vías. La cuestión es que después de unos meses de haber salido de la cama Lucía consiguió trabajo e incluso pudo volver a pagar un alquiler. Finalmente vivió junto a la perra varios años y todo ese tiempo las dos compartieron el secreto, el borde difuso donde no se sabía quién era la que había salvado a quién.

9.

Una antorcha roja sobre el cielo petroquímico

Una antorcha roja sobre el cielo petroquímico es un espectáculo que contiene, sin lugar a dudas, cierta belleza. Cuando viene Eva a visitarme vamos hasta el puerto a ver esa configuración de cañerías, boyas inmensas, edificaciones precisas y chimeneas humeantes y nos quedamos hasta la noche cuando prenden las luces, toda esa inmensa maquinaria resplandeciente que dibuja un nuevo paisaje, como una ciudad adentro de otra, y entonces vemos mejor el humo blanco que contrasta con el azul nocturno como si estuviéramos frente a una pantalla viendo una guerra en Medio Oriente. Yo le digo: en materia de parques, el industrial es uno de los más interesantes que tenemos. También es la obra de arte contemporáneo más grande y a cielo abierto que le puedo ofrecer. Entonces vamos en auto en dirección al puerto y ella me cuenta un pasaje de una novela de Margaret Atwood, donde la protagonista, una nena hija de un científico, es invitada por la familia de una amiga a ir a una iglesia. Cuando salen, el padre de la amiga pregunta: “¿Quién quiere ir a ver los trenes?”, y la amiga junto con su hermana responden “¡Nosotras!”. La nena protagonista ve esa escena y piensa que fue una especie de farsa bien montada, que en realidad el que quería ir a ver los trenes era el propio padre y que las nenas no hacían otra cosa que seguirle el juego. Entonces van a unas vías donde hay unos trenes estacionados y se sientan a verlos como lo que efectivamente son:

un verdadero espectáculo. Yo le digo a Eva que si quiere también podemos ir a ver trenes, los que hay estacionados abajo del puente que va al castillo de la vieja usina termoeléctrica, y de hecho nos quedamos un rato mirándolos pero después vamos hasta la vera de la ruta donde podemos contemplar el polo. No puedo responderle cuestiones técnicas porque a decir verdad no se sabe mucho realmente: qué, cuándo, de qué manera, para quién, desde dónde y hacia dónde ese polo está produciendo lo que produce. Para la mayoría de nosotros se reduce a una configuración visual.

– Se trata de venir a ver los fuegos artificiales –le digo a Eva–, que al fin de cuenta eso es lo que son.

Después hago un paneo general buscando la empresa DOW, por el recuerdo fresco de una explosión que hizo temblar a toda la ciudad. Los fuegos artificiales a veces hacen mucho ruido.

Aquel viernes era pasada la medianoche y se produjo una sobrepresión en un recipiente de una planta de etileno, específicamente en el cracker 2 de la empresa DOW, y la cosa explotó invocando los fantasmas del pasado: el “tanque negro” de YPF sobre finales de los sesenta, los 22 muertos del Silo 5 a mediados de los ochenta, el escape de cloro del año 2000. Ahora básicamente lo que explotó fue un tanque de acero de tres metros de altura que desapareció y dejó un hueco en el entramado de las tuberías haciendo que la tapa vuele a cuarenta metros del lugar de la explosión. Al poco rato en los barrios más cercanos empezó a sentirse olor a plástico quemado que salía de las chimeneas de emergencia. Al principio nadie dijo nada pero después tuvieron que salir a decir:

Fue un error
al seguir un procedimiento
de alineación de este equipo.

Lara pensó que le habían tirado un piedrazo en la ventana. El negro pensó que había sido un trueno y fue a mirar el pronóstico. Palo pensó que había caído un rayo. Giuli pensó que era un terremoto y dice que agarró a su gata para acariciarla. Katia flasheó que eran ovnis. Mi abuela pensó que era el tanque de agua que se había caído sobre el techo. La gente de los barrios se preguntó por qué no sonó la sirena comunitaria y ellos tuvieron que salir a responder, pero lo hicieron con un nuevo interrogante:

La pregunta
que nos tenemos que plantear
es por qué el recipiente que explota
se sobrecargó a mayor presión
que la indicada.

Afuera las luces azules de los patrulleros producían un ritmo armonioso que se completaba con las luces estáticas de la planta. Mientras tanto, adentro unos obreros eran atendidos en una ambulancia porque estaban en shock:

Había tres o cuatro
trabajadores que estaban cerca

del lugar. La onda expansiva puede causar algún daño en la audición. Para definirlo hay que calcular a cuánto equivale en explosivos, la explosión que se generó. Eso se va a determinar con los parámetros que nos va a pasar la empresa.

Si uno se para de frente al lugar de la explosión ve las estructuras de hormigón perfectamente alineadas produciendo un efecto de galería con este inmenso glitch: unos caños torcidos como las raíces de una planta que hubiera sido sacada de raíz. Un poco más adelante hay un chapón abierto que deja ver el pedestal vacío donde estaba el tanque que desapareció. Sabemos cómo es el sonido de la palmada de dos manos, ¿pero sabemos cómo suena la palmada de una sola? Ahora parece que sabemos cómo suena la explosión en una planta de etileno, ¿pero sabemos algo más con respecto a eso?

El etileno es el compuesto químico más usado en la industria química. Se obtiene por ruptura a través de lo que se llama “craqueo”, deshidrogenando el etano. En este proceso los hidrocarburos gaseosos son calentados en hornos que funcionan a una temperatura altísima, lo que produce la ruptura de enlaces

pero también la generación de productos secundarios no deseados que se separan, en una segunda instancia, por destilación o absorción. ¿Acaso la química no es una de las formas de la magia? De la polimeración de etileno, por otro lado, se obtiene el polietileno, que es uno de los plásticos más comunes y baratos, lo que lleva a que se produzcan ochenta millones de toneladas anuales en todo el mundo. Con ese plástico se producen diversas cosas: botellas, bolsas, envases de alimentos y productos industriales, cables, hilos, papel film, bases de pañales descartables, tubos y pomos para cosméticos y medicamentos, bolsas para suero, elementos de bazar, folios, mangos de martillos y destornilladores, cajones para cervezas y gaseosas, tapas de cuadernos, tachos de pintura y de helado, bidones para detergentes, guías para piezas mecánicas, mamaderas para bebés recién nacidos, juguetes, cubos, tambores.

En “El fuego inextinguible”, que es un corto experimental de Farocki del 69 (donde se constata que la empresa DOW en esa época se dedicó a producir napalm), hay un hombre de guardapolvo blanco sentado en un laboratorio que dice: “Una gran empresa química es como una serie de bloques de construcción. Con ellos uno puede armar el mundo entero”.



LIYO EDITORA